

RAINER ZITELMANN

2075

CUANDO LA BELLEZA SE CONVIRTIÓ EN DELITO

PRÓLOGO

EVA, DE 15 años, fue una de las primeras chicas seleccionadas para pasar por el bisturí del cirujano. La mayoría de las demás habían huido o emprendido acciones legales para evitarlo o retrasarlo, pero los padres de Eva eran gente corriente. Ignoraban por completo el peligro que corría su hija. Y, aunque lo hubieran sabido, contratar a un buen abogado era algo que estaba muy lejos del alcance de sus modestos ingresos.

Para las autoridades, Eva era un objetivo fácil. Querían dar un escarmiento. Necesitaban una primera víctima que destruyera toda esperanza de resistencia y allanara el camino para que las intervenciones quirúrgicas fueran aceptadas. A las seis de la mañana de una fría mañana, la policía llamó a la puerta del domicilio familiar. Fue entonces, al ver a seis agentes ataviados con sus uniformes tácticos y flanqueados por dos centinelas robóticos que iban armados con cañones láser, cuando los padres de Eva comprendieron la gravedad de la situación. Entonces ya era demasiado tarde, y su desesperación no hizo la menor diferencia. El padre de Eva arremetió contra los agentes, gritando con furia:

—¡Malditos monstruos! ¡No os llevaréis a mi hija!

—¡Cálmese! —gritó el jefe del operativo, mientras los centinelas robóticos y sus compañeros reducían al padre contra el suelo—. Le prometo que nadie va a hacerle daño a su hija. Es solamente terapia, así se indica en mis órdenes de intervención: terapia de optimización óptica.

La madre, entre sollozos desesperados, blandió un pequeño cuchillo de cocina e hirió levemente a uno de los policías mientras intentaba proteger a su hija. Se llevaron a Eva – y también a sus padres.

Los vecinos, alertados por los gritos desesperados, salieron a grabar la escena con sus dispositivos, difundiendo el espectáculo en directo para las masas virtuales. En cuestión de horas, las calles se llenaron de miles de manifestantes que gritaban una misma proclama:

—¡Libertad para Eva! ¡Libertad para Eva!

Incluso los antiguos simpatizantes del Movimiento por la Justicia Óptica, MJO, empezaron a distanciarse del grupo. Dos jóvenes que habían estado entre los miembros fundadores del movimiento encabezaban ahora las protestas que reclamaban la liberación de Eva. Las autoridades, sin embargo, se mantuvieron firmes.

Alarmados por los gritos desesperados de los padres de Eva, varios vecinos se apresuraron a grabar la escena, y sus dispositivos difundieron el espectáculo en masa por la red. En cuestión de horas, ya había manifestaciones en las calles al grito de «¡Libertad para Eva!» y «¡La belleza no es un crimen!». Incluso antiguos simpatizantes del MJO empezaron a distanciarse del movimiento. Dos mujeres jóvenes, que en su día estuvieron entre las fundadoras de la organización, encabezaban ahora una manifestación por la liberación de Eva. Y una pareja de San Francisco, que había estado profundamente implicada en el MJO, anunció públicamente su salida del grupo después de que su hija, que acababa de cumplir catorce años, publicara un mensaje en redes sociales suplicando:

—Prohíban a esta banda de criminales, que podrían intentar atraparme dentro de un año. Quiero volver a dormir sin tener pesadillas. No puedo aguantar otro año así.

Pero las autoridades se mantuvieron firmes.

Mientras fuera rugían las protestas, Eva yacía sobre la mesa de operaciones de un hospital-prisión herméticamente sellado. El aire frío y estéril, cargado con el acre olor del desinfectante y los medicamentos, parecía cerrarse sobre ella. La cirujana, una figura impersonal cuya única parte visible eran sus estrechos ojos por encima de la mascarilla,

la observaba fijamente. Eva, que siempre había encontrado consuelo en la presencia protectora de los adultos, se sentía ahora completamente indefensa. Atada a la camilla, lanzó un grito desgarrador y se retorció con desesperación. Vio cómo la doctora negaba con la cabeza, con aparente gesto de desaprobación. Enseguida sintió el pinchazo de una aguja que la sumió en una profunda nada.

Cuando Eva recuperó la consciencia, le costó unos segundos ordenar sus pensamientos. ¿Había sido todo aquello una simple pesadilla? No, el dolor palpitante en su rostro no dejaba lugar a dudas. En los dos días siguientes, no fue capaz de mirarse al espejo, pero el deseo de certeza fue ganando fuerza hasta que, temblorosa, reunió el valor necesario para hacerlo. Cogió el espejo con las manos temblorosas, apenas atreviéndose a mirarse. Y entonces, un oleaje de terror la arrastró por completo. Aquello no era un mal sueño. Se había visto arrastrada a algo que, al principio, parecía inofensivo. Nadie habría imaginado que todo acabaría así.

18 MESES ANTES

DAXON OYÓ EL leve zumbido del ascensor que llevaba directamente a su residencia, seguido del casi imperceptible sonido de la puerta que se deslizaba al abrirse. Se incorporó trabajosamente del mullido sofá en el que descansaba. Haciendo un gesto con la mano, apartó de su vista el holograma que le mostraba las noticias de la noche, el «Universe News». Una mirada rápida al reloj integrado del holograma le confirmó que Alexa volvía a llegar tarde, esta vez con media hora de retraso.

Él era un maniático de la puntualidad, de modo que frunció el ceño al notar la tardanza de Alexa. Esperaba, al menos, una palabra, una explicación, sobre todo teniendo en cuenta que habían planeado cenar juntos. Tal vez se había quedado hablando con algún profesor tras la clase, o quizá se había entretenido preparando un proyecto con otros estudiantes. Incluso es posible que hubiese demasiada cola para coger un aero-taxi. Pero, fuera cual fuera la razón, su novia no parecía tener muchas ganas de hablar con él. Un escueto «perdona, me ha surgido algo» salió de sus labios mientras pasaba de largo, sin siquiera darle un beso. Mientras se dirigía a su habitación, en su expresión no había rastro de su sonrisa ni del calor que caracterizaban a Alexa.

Aunque poseía su propio piso, prácticamente se había mudado a vivir con Daxon. Él le había dado el código de acceso de su residencia y, dado que pasaba mucho tiempo allí, era natural que ella tuviese su propia habitación.

Daxon no era precisamente bueno leyendo las expresiones faciales, especialmente porque a menudo ni siquiera miraba a la gente cuando hablaba con ellos. No era por inse-

guridad, sino porque solía estar ocupado pensando en otras cosas. Además, tendía a no captar los matices sutiles en el tono de voz de los demás de los que tanta información se puede extraer. Con todo, esta vez sí se dio cuenta de que algo iba mal. ¿Estaba Alexa enfadada con él? ¿Había hecho algo malo? Intentó descifrar la situación, sin éxito.

Desde el sofá, murmuró: «Noticias, continuar», refiriéndose al asistente virtual de su hogar inteligente. El holograma informativo volvió a la vida: «... el antiguo desierto del Sáhara es ahora el mayor productor de alimentos del planeta...», «... aquí pueden ver las imágenes fascinantes de un gigantesco volcán que han entrado en erupción en la luna Ío, de Júpiter...», «... ya ha comenzado la extracción de valiosos minerales en el asteroide Psique...».

Pero Daxon detuvo la imagen tridimensional haciendo un gesto rápido hacia la consola, se levantó y se dirigió a la habitación de Alexa. La puerta se deslizó. Allí estaba Alexa, tumbada en la cama, con la mirada clavada en el techo, absorta en las imágenes del paisaje marciano cubierto de polvo carmesí que flotaba lentamente ante ella. Daxon se sentó en el borde de la cama.

— ¿Pasa algo? ¿Estás enfadada conmigo?

— No, no. Todo bien —respondió ella, aunque ese «bien» sonaba a todo menos a eso.

El silencio se instaló entre los dos. Daxon sabía que era mejor no insistir. A Alexa no le gustaba que la presionasen en situaciones así, solamente necesitaba algo de tiempo. Al menos no apartó su mano cuando él buscó la suya. Si tenía un problema, desde luego no era con él. Tras dos minutos de silencio, Alexa se giró hacia él.

— ¿Tú dirías que mi aspecto me da privilegios inmerecidos?

Alexa era preciosa. Su melena rubia caía en cascada con destellos brillantes, su piel era impecable y su figura, de ensueño. Su rostro tenía una simetría armoniosa, con contor-

nos suaves y elegantes. Sus ojos verdes, grandes y separados, brillaban con intensidad. Tenía unas cejas especialmente llamativas, pobladas y bien definidas. Su delicada nariz era objeto de admiración y en varias ocasiones le habían preguntado si se la había operado. Pero Alexa nunca se había sometido a ningún retoque estético, salvo una pequeña mejora en las cejas. Ya en el colegio acaparaba todas las miradas. Su belleza era tan hipnótica que muchos hombres ni siquiera se atrevían a acercarse a ella.

—¿Privilegios? —preguntó Daxon—. No entiendo.

—Da igual, solo era una pregunta. ¿No habíamos quedado en cenar fuera esta noche? ¿En ir al restaurante vietnamita?

El cambio de tono desconcertó a Daxon, que en cualquier caso no tardó en asentir. Efectivamente, ese era el plan. Además, tenía hambre, sobre todo tras la llegada tardía de Alexa. Por suerte, su restaurante vietnamita favorito estaba ubicado a apenas diez minutos a pie.

Llovía a cántaros y el aire estaba impregnado del espeso aroma del asfalto mojado. Ninguno de los dos tenía ganas de esperar un aero-taxi, cuyo servicio acostumbraba a estar saturado en días de meteorología tan desagradable. Así que fueron andando, con el viento azotándolos y la lluvia calándolos a pesar de los paraguas. Al llegar al restaurante, los recibió un embriagador olor a especias y verduras asadas.

—Espero que no estropeemos la tapicería —dijo Daxon, más por romper el hielo que por otra cosa.

Se sentaron en su mesa habitual, rodeados de una decoración exótica conformada por grandes plantas colocadas en macetas ornamentadas, farolillos intrincadamente diseñados y murales vibrantes que describían escenas propias de paraísos tropicales. Alexa no reaccionó; estaba inusualmente callada, y Daxon sabía que bajo esa aparente calma algo seguía agitándose.

Cuando el robot camarero llegó con el entrante, una ensalada de pomelo, Alexa se incorporó y comenzó a hablar.

Su voz era al principio titubeante, pero ganó intensidad con cada palabra:

—Hoy... en la universidad... tuve un seminario sobre investigación de prejuicios y discutí un poco con Lena. Siempre he tenido la sensación de que no me soporta.

Lena estudiaba Historia y Estudios Culturales. Provenía de una familia de profesores. Sus padres eran catedráticos, ella en Química y él en Historia del Arte. Ambos gozaban de gran prestigio en sus respectivas facultades, y al menos uno de los dos formaba parte del consejo universitario en todo momento. Daxon había conocido a Lena Abbot-Caldwell en una ocasión. Había en ella un amargor palpable, quizá incluso algo de fanatismo. Sus labios eran finos y estaban siempre apretados, como con una expresión de desaprobación constante.

—¿Qué pasó? —preguntó Daxon, intrigado.

Se balanceaba en la silla, uno de esos gestos que siempre le recordaban a Alexa a un niño. A veces le daba vergüenza si lo hacía en público, pero él nunca parecía notarlo. En ocasiones, ella le daba una patadita discreta por debajo de la mesa para que dejara de hacerlo. Pero esta vez estaban solos.

Alexa lo miró con expresión suplicante:

—Me atacó por mi físico. Delante de todo el grupo del seminario.

—¿Por tu físico? ¿Qué quieres decir? ¿Qué dijo?

—Bueno, estábamos hablando sobre el privilegio y cómo lo afrontan las personas. Ya sabes, la gente de familias ricas. O los hombres, que lo tienen más fácil que las mujeres...

Durante un segundo, Daxon pensó en protestar, pero sabiamente se contuvo...

—O los blancos, que aún a veces lo tienen más fácil que los negros.

Se preguntó si Yves, su amigo del gimnasio de origen camerunés, estaría de acuerdo, pero siguió escuchando:

—Y entonces Lena dijo algo como: «Alexa, no lo digo por

ti en particular, pero ¿alguna vez te has planteado tus privilegios inmerecidos y la justicia óptica en general?». Al principio no entendía a qué se refería. Le dije: «¿a qué te refieres con justicia óptica?». Y ella me respondió: «bueno, claramente tienes un privilegio por tu aspecto. ¿Nunca has pensado en el impacto que eso puede tener? Que puedes impresionar o intimidar a los demás, aunque no quieras. Que siempre lo has tenido más fácil. Que conoces a hombres que la mayoría de mujeres jamás conocerán. Que no tienes por qué sentirte sola. Que recibes un trato preferente en la universidad o en el trabajo. Y que tú, como mujer que encarna los ideales de belleza de esta sociedad, sigues disfrutando de privilegios, a pesar de que esos cánones han sido desmentidos hace tiempo por la ciencia. ¿Nunca has oído hablar del «Privilegio de Belleza»?...». Y claro, ¡todos se quedaron mirándome!.

Alexa hizo una pausa. Sabía que era guapísima, aunque a veces le asaltaban dudas. ¿Serían sus pechos tan perfectos como decían los hombres o solo eran halagos vacíos? Desde pequeña había asistido a muchos talleres de autoestima corporal. Le habían enseñado que no se debe juzgar a nadie por su altura, su peso ni su forma física. Sin embargo, había algo que siempre le había chirriado: ¿por qué su antigua profesora, la doctora DeLusion, predicaba la belleza de todos los cuerpos pero cada lunes les comentaba a las alumnas si había perdido un par de kilos el fin de semana?

Alexa le contó a Daxon cómo la intervención de Lena la había dejado sin palabras, sin saber cómo reaccionar. Ethan, un compañero que a veces la ayudaba con sus ensayos, salió en su defensa. Era un tipo profundo, alérgico a todo lo políticamente correcto. Años de musculación le habían dado un físico esculpido, aunque su rostro, especialmente su nariz enorme, no encajaba bien con el resto de su cuerpo. Alexa lo admiraba. A diferencia de ella, Ethan siempre tenía la respuesta lista y derrochaba seguridad sin esfuerzo.

—¿Pero qué estás diciendo, Lena? —saltó él—. ¿Justicia

óptica? Eso es absurdo. ¿Qué culpa tiene Alexa de ser tan guapa?

—Precisamente ese es mi punto —replicó Lena, elevando el tono—. No es su culpa, pero aún así disfruta de privilegios inmerecidos, como un niño rico y mimado que fue alimentado con una cuchara de plata y que sabe que heredará la empresa de papá. No podemos hablar de prejuicios y privilegios sin hablar de justicia óptica. ¿No lo ves? Alexa solo era un ejemplo.

Daxon escuchó el relato en silencio, negando con la cabeza de vez en cuando. No sabía muy bien qué decir. Sabía que Alexa a veces se tomaba demasiado a pecho las críticas. Respiró hondo.

—Eso es una soberana estupidez. Lena está mal de la cabeza. Seguro que ha vuelto a leerse algún libro de esos tipo «Nadie es mejor: el manifiesto definitivo de la mediocridad», y ahora se cree embajadora de la justicia. O quizás se ha leído otra vez «Igualdad para todos: por qué nadie debería divertirse más que tú». Olvídala... No dejemos que una chorrada así nos estropee la noche.

Pero Daxon veía que Alexa seguía dándole vueltas.

—¿Vamos al gimnasio mañana otra vez? —preguntó, intentando cambiar de tema.

—No sé —respondió ella—. Lo vemos mañana, ¿vale?

A Alexa a menudo le costaba decidir lo que quería. Solo había una cosa que tenía clara desde niña: no pensaba conformarse con una vida mediocre. Anhelaba una existencia extraordinaria. Bajo ningún concepto quería quedar atrapada en un trabajo monótono que la asfixiara en una rutina sin salida.

Poco a poco, una ambición fue tomando forma en su mente. Quería contribuir a construir la primera gran ciudad en Marte. Quería ayudar a convertir el Planeta Rojo en un enclave humano habitable. Hacía unos años había querido estudiar Terraformación o Ciencias Marcianas, jóvenes disciplinas académicas e investigativas que habían surgido apenas

veinte años atrás. Pero no era la única con esos sueños y, de hecho, era casi imposible conseguir una plaza en la universidad para recibir esa formación.

De adolescente se tragaba todos los documentales sobre Marte. A los 18 años, formó parte de la multitud reunida en Nueva York para ver cómo el habitante número 10.000 aterrizaría en Marte el 20 de febrero de 2070, exactamente cien años y siete meses después de la llegada del primer hombre a la Luna. Fue una hazaña que pocos habrían imaginado apenas cincuenta años antes, salvo quizás Elon Musk, que ya en su día proclamó su objetivo de llevar a un millón de personas a Marte. El descubrimiento de materiales raros e invaluables en el Planeta Rojo que, de hecho, eran desconocidos hasta entonces en la Tierra y la Luna, fue lo que avivó las ambiciones de las empresas privadas que invirtieron sumas astronómicas para hacer realidad el proyecto de colonización marciana.

El espectáculo en directo «Mars 10.000» fue más impresionante que cualquier cosa vista hasta entonces. Incluso hubo competiciones deportivas disputadas en el Planeta Rojo, lo que dejó boquiabiertos a los espectadores. Alexa quedó fascinada con un partido de baloncesto en el que los jugadores podían saltar el doble de alto que en la Tierra. Si no fuera porque sus músculos se debilitaban durante el viaje —a pesar de entrenamientos intensivos— habrían podido saltar incluso el triple, ya que la gravedad en Marte es solo un tercio de la terrestre. Las patinadoras artísticas, gracias a la menor gravedad y presión atmosférica, ejecutaban saltos y piruetas imposibles en la Tierra. Una joven patinadora nigeriana, la bellísima Sune Touré, de solo 16 años, se convirtió en una estrella mundial y una modelo de referencia tras completar un espectacular salto de doce vueltas. La retransmisión se intercalaba con anuncios de turismo marciano, diamantes extraídos en el Planeta Rojo e imágenes del Olympus Mons, el monte más alto del sistema solar, con 22.000 metros de altura, casi el triple de altura que el Everest.

Desde entonces, Alexa soñaba con vivir algún día en Marte y contribuir como pionera a forjar un nuevo mundo. Incluso había anotado su objetivo y lo había programado, literalmente, en su subconsciente. Cada Nochevieja escribía sus metas en un «álbum de sueños», convencida de que escribirlas a mano ayudaba a grabarlas mejor que dictarlas. Era de esas personas que visualizaba sus sueños. De hecho, su habitación estaba llena de imágenes de Marte y sus paisajes. Le parecían hermosos, aunque allí no hubiese ni vegetación ni agua. Recordaba perfectamente la primera vez que su amiga Zoraya, un par de años mayor y ya por entonces estudiante de Minería de Asteroides en una de las mejores universidades del mundo, le explicó el concepto de la terraformación. Alexa se quedó embelesada.

—La terraformación consiste en transformar un planeta para que pueda ser habitable para los humanos. Imagínate convertir Marte en una segunda Tierra, donde la gente pueda vivir. Y no hablamos de vivir en cuevas ni en habitáculos sellados, como ahora, sino en ciudades normales. Para lograrlo, es preciso modificar la atmósfera, el agua y la temperatura, hasta que se parezcan a las de la Tierra. Y los retos son enormes, porque Marte tiene una atmósfera muy tenue y no tiene océanos

—¿Y eso cómo se supone que funciona? —preguntó Alexa—. Diría que es imposible.

Zoraya negó con la cabeza:

—Eso es lo que todos pensábamos antes. Pero ahora que hemos descubierto cómo usar nanopartículas para calentar Marte, parece que la terraformación va a ser mucho más rápida de lo que jamás imaginamos.

—Perdona, pero no entiendo nada —dijo Alexa—. Me sueña a chino... o mejor aún, a marciano.

—Te lo explico... La terraformación con nanopartículas utiliza diminutas partículas para desencadenar reacciones químicas específicas. Estas reacciones pueden absorber gases

de efecto invernadero, liberar oxígeno y ajustar la atmósfera, la temperatura y la fertilidad del suelo del planeta. Ya se están realizando experimentos prácticos. Incluso hay una carrera universitaria dedicada al tema.

Aquella noche, Alexa le dijo a Daxon:

—Quiero ayudar a asegurar la supervivencia de la humanidad. Es solo cuestión de tiempo que otro asteroide golpee nuestro planeta. Volverá a ocurrir, más pronto o más tarde. No sabemos cuándo. ¿Mil años? ¿Cien mil? ¿O mucho antes? Hoy tenemos dos pequeñas ciudades en Marte, pero no podrían sobrevivir sin la Tierra. Si queremos asegurar la supervivencia de la humanidad, incluso de forma independiente a la Tierra si hace falta, millones de personas tendrán que vivir en Marte. Y para que esas generaciones del futuro tengan éxito, el sueño de la terraformación debe convertirse en realidad.

A pesar de sus esperanzas y sueños, lo cierto es que Alexa se sintió decepcionada cuando no logró plaza en la carrera que más deseaba. Frustrada, optó por estudiar Historia. Siempre le había interesado el pasado, pero no tanto como la visión futura de los humanos colonizando Marte.

Daxon admiraba la tenacidad de Alexa. Ella tenía 23 años. Él, 44. Su novio era un exitoso agente inmobiliario. Se había hecho un nombre en el sector tras cofundar una empresa prestigiosa y muy rentable unos años antes. A veces, Alexa y Daxon soñaban con una gran aventura: dejar la Tierra atrás y empezar de cero una nueva vida en Marte. Daxon veía un sinfín de oportunidades para un agente inmobiliario dedicado a vender propiedades inmobiliarias en ubicaciones prometedoras del Planeta Rojo. Se imaginaba buscando a inversores y especuladores entusiastas en esta nueva fase de colonización espacial.

De hecho, en cuanto se hizo posible comprar terrenos en Marte, se desató una auténtica fiebre. Algunos la llamaban «la fiebre del oro rojo», y otros la comparaban con la burbu-

ja de los tulipanes del siglo XVII. El mercado se disparó y los precios se multiplicaron prácticamente por diez en cosa de seis meses. Sin embargo, la mayoría de los compradores no querían construir en sus parcelas: su intención era revenderlas unas semanas o meses después y así hacerse ricos. Daxon había invertido pronto, cuando el suelo aún era barato, y se había quedado con algunas parcelas que estaban bien situadas y en las que él mismo pensaba hacer algún desarrollo que anhelaba llegar a habitar.

—En aquella época, casi todo el mundo me decía que estaba loco —le confesó ahora a Alexa mientras cenaban en el restaurante vietnamita, envueltos por el embriagador aroma de la hierba limón y la leche de coco. Ambos saboreaban sus platos principales: un curry amarillo con gambas para ella, un curry rojo picante que parecía cargar el ambiente de electricidad para él—, Daxon echó la vista atrás. El suave chisporroteo del wok se mezclaba con el bullicio de las mesas donde los demás comensales daban cuenta de sus respectivas cenas.

Cuando los precios de los terrenos se quintuplicaron, Daxon empezó a desconfiar. Vendió la mitad de sus parcelas y aconsejó a sus clientes que hicieran lo mismo. Alexa sabía que Daxon se enorgullecía de haber ganado mucho dinero actuando como inversor a contracorriente, haciendo lo contrario que la mayoría. Sin embargo, mientras pinchaba una gamba con el tenedor y saboreaba el curry, empezó a sentir una ligera duda.

—¿No crees que vendiste demasiado pronto? —le preguntó, aparentemente ya olvidada la discusión con Lena.

—Puede —respondió Daxon, recostándose en su silla—. Pero no me fío del bombo que se le está dando... A veces tengo la sensación de que todo el mundo quiere comprar algo en Marte, pero allí no se va a construir tanto en los próximos cien años. Nunca se puede acertar del todo con el momento exacto. Ya es más que suficiente si compras cerca del mínimo y vendes cerca del máximo.

La mañana siguiente, Alexa tenía en su agenda un seminario sobre la historia de los viajes espaciales entre 1970 y 2020. El tema le fascinaba y quedó impresionada por el profesor, Nathaniel Joffe. No solo parecía saberlo todo sobre la materia —algo que ya no resultaba tan impresionante en la era de la inteligencia artificial general y del acceso universal a la información—, sino que también analizaba los acontecimientos históricos con una perspectiva muy aguda y orientada al futuro. ¿Cómo influirá nuestro conocimiento actual en el porvenir? Y, sobre todo, ¿cómo descubrimos aquello que todavía está fuera del alcance del entendimiento humano? Joffe había escrito numerosos libros muy aclamados tocando esos temas que tanto interesaban a Alexa. Se había propuesto demostrar, a través de los viajes espaciales, que el capitalismo es el mejor sistema económico jamás concebido. Tenía la misma edad que Daxon, y a Alexa también le parecía bastante atractivo. Era alto, de hombros anchos, con una abundante melena oscura y unos ojos que brillaban con ese tipo de azul intenso que se encuentra una sola vez en la vida.

A veces, tenía la impresión de que él también se sentía atraído por ella. Parecía tratarla de forma distinta a los demás alumnos. Su mirada se quedaba detenida en ella de un modo que le resultaba especial, y de vez en cuando creía notar un deje de flirteo, aunque aquello nunca era lo bastante evidente como para sentirse segura del todo de que, en efecto, la atracción estaba ahí. Con todo, las relaciones entre profesores y alumnos estaban estrictamente prohibidas y, no lo olvidemos, ahí estaba también su relación con Daxon.

Alexa llevaba un año saliendo con su actual pareja. Lo había conocido a través de su amiga Jessica y, entonces, Alexa tenía unos 22 años. Jessica y Daxon habían sido pareja, pero, en algún momento, su relación terminó. Daxon había visto a

Alexa con Jessica y, puesto que ambos seguían manteniendo un trato amistoso, él le estuvo insistiendo hasta que Jessica accedió a presentarle a su guapa amiga. Para él fue un flechazo inmediato. Alexa, en cambio, pensó al comienzo que Daxon era demasiado mayor. «Hmm, podría ser casi mi padre», le confesó a Jessica, y ambas se rieron. «Además, no es mi tipo. No me van los chicos guapos».

Daxon era alto. Medía un metro ochenta y ocho centímetros. Además, era delgado, con un físico muy atlético. Su rostro era llamativo, con la mandíbula bien marcada y unos ojos brillantes y penetrantes. Tenía una frondosa melena castaña, bien cuidada y siempre peinada con esmero. Vestía de forma elegante, pero informal, aunque no siempre con la talla perfecta, y desprendía un aire de despreocupación que, para Alexa, resultaba un poco exagerado y forzado. Le gustaba su sonrisa y sus hoyuelos pero, simplemente, no era su tipo.

Pasaron las semanas. Daxon la invitó a tomar café, a cenar, al cine... Quedaban acompañados de amigos y, en ocasiones, también a solas. Alexa disfrutaba de su compañía, pero seguía diciéndose a sí misma que de ahí no saldría gran cosa. Y, en efecto, durante un tiempo no pasó nada... hasta una noche en particular. Era el cumpleaños de Daxon, que la había invitado con la esperanza de impresionarla con sus encantadores e importantes invitados. Esperaba que no pudiera resistirse a concederle un deseo como regalo por su día especial. Cuando todos los demás invitados, incluida su ex novia Marina, se marcharon, se sentó a su lado en el sofá y le cogió la mano. De fondo sonaba música suave y romántica, del tipo que se oye en las K-Novelas, las series kazajas que se emiten en tres dimensiones por todas las plataformas. Lentamente la atrajo hacia él y la besó con un beso largo y profundo. Una oleada de deseo recorrió el cuerpo de Alexa. Fue una sacudida intensa, mucho más que cualquier impulso pasional que hubiese sentido en mucho, mucho tiempo.

Alexa respondió a sus caricias. Llevaba tiempo queriendo saber cómo sería acostarse con él, sobre todo desde que había empezado a fijarse en cómo reaccionaban otras mujeres ante su presencia. Nunca se había planteado tener una relación seria con Daxon, de hecho él tenía fama de mujeriego y eso le hacía recelar más aún. Sin embargo, después de aquella noche, empezaron a verse con regularidad. Tenían una relación abierta, pero pronto Daxon empezó a desear algo más. Le habría gustado estar solo con ella, incluso llegó a hablar de matrimonio a los tres meses. Pero Alexa, que acababa de salir de un noviazgo largo y estresante con un joven que le había sido infiel repetidamente, no estaba preparada para una relación seria — y mucho menos para casarse.

A pesar de todo, su relación fue más allá del plano sexual. Alexa veía en Daxon no solo a un amigo, sino también una especie de mentor. Admiraba su actitud ante la vida, cómo siempre trabajaba por lograr nuevos éxitos, se marcaba grandes metas y, sobre todo, se esforzaba por asegurar su libertad e independencia personal. Nadie más conseguía mantener con ella conversaciones tan estimulantes – al menos ningún otro hombre.

Esa era la gran diferencia con su anterior pareja, que carecía de ambición y parecía conforme con llevar una vida mediocre. Alexa, en cambio, quería mucho más de la vida que la mediocridad. Qué era exactamente eso que quería cambiaba de vez en cuando, pero una cosa estaba clara: quería hacer algo especial con su vida, no conformarse con cualquier empleo y simplemente ir tirando.

Una semana después del encontronazo de Alexa con Lena en la universidad, ocurrió algo extraño.

—Escucha, no te lo vas a creer —le dijo Daxon a Alexa